

CAPÍTULO VI

LA VOLUNTAD Y LA SALUD

En la enfermedad, la influencia de la Voluntad es poderosísima.- Se muere el que no quiere no morirse. - La Fe en los remedios.

La acción de la Voluntad en el sentido de resistir las influencia de las enfermedades, está bien reconocida por las mejores autoridades. En el volumen de esta serie intitulado *Las Fuerzas Ocultas*, hemos llamado la atención del lector hacia el poderoso efecto de la mente sobre los estados físicos y el hecho de que los estados mentales se manifiesten en las condiciones físicas.

Pero la parte desempeñada por la Voluntad en la Sugestión no es conocida generalmente. El elemento de Voluntad es el que ejerce el efecto positivo en la aplicación de la mente sobre el cuerpo. No necesariamente la Voluntad en la fase de consciencia, sino más frecuentemente la Voluntad despertada inconscientemente. La Voluntad es la activa fuerza operatoria que abarca las manifestaciones de la sugestión y todas las formas de evolución mental. La Voluntad es puesta en acción por la fe, la sugestión o la imaginación, del propio modo que es puesta en efecto por el deseo. La Voluntad, en este sentido general, es la activa, operatoria y dinámica cualidad de la mente.

No intentaremos hacer un recuento de los muchos ejemplos del efecto de la mente sobre las condiciones físicas; los hemos señalado en una obra anterior, a la cual enviamos al lector. Pero en este lugar queremos llamar la atención sobre el efecto del uso de la Voluntad, en su ordinario y popular sentido de resuelta determinación en contrarrestar las dolencias. El Dr. Fothergill nos cuenta como sigue el caso de Sara, duquesa de Marlborough:

“Es preciso administrar una lavativa, o hay peligro de muerte”, dijo el médico a la enérgica Sara, atacada de una pleuresía. “Pues ni me daré la lavativa, ni me moriré”, dijo la indomable duquesa. Y así sucedió, en efecto. La mujer que dominaba a John Churchill y a Ana Estuardo, no había de ceder ante una pleuresía. Y en la enfermedad, la influencia de la Voluntad es tan poderosa como en cualquier otro estado. Ella no puede rescatar a una persona de las garras de la muerte; pero si la enfermedad es compatible con el restablecimiento, la Voluntad hace la diferencia entre los dos estados, en bien frecuentemente”.

Estando Douglas Ferrold una vez a las puertas de la muerte, el médico le dijo que no podía salvarle, a lo que Ferrold replicó: “¿Cómo! ¿Y dejar a una familia desamparada? ¿No quiero morir!” Y no murió, por lo menos en aquella ocasión. Un fuerte motivo para vivir,

conserva realmente la vida de algunas personas, como ocurrió en el caso de Douglas Ferrold. La Voluntad está en ciertas curiosas relaciones con la salud, o mejor, con las perturbaciones de la salud... No puede afirmarse que la atención persistente y largo tiempo mantenida sobre una parte cualquiera del cuerpo, acaba por dañar dicha parte. Es una materia a la cual no se ha dedicado todavía una atención sistemática.

Por el contrario, muchas curas pueden explicarse únicamente por la impresión mental que el agente material ha producido, llegando al cuerpo a través de la mente. “Lo oculto puede matar y lo oculto puede curar”, es un antiguo dicho del Norte de Inglaterra, refiriéndose a los efectos de la fe en los remedios que se administran con cierto misterio. Todos los médicos de larga práctica se han encontrado con numerosos casos en que la Voluntad fue el primer elemento para el restablecimiento de los pacientes en graves dolencias, y de parecido modo, casos en que el abandono y el desaliento han conseguido empeorar y aún matar al enfermo. Si una persona muy grave se entrega y se convence de que su muerte es irremediable, el desenlace, por lo general, sobreviene rápidamente. Por el contrario, la tenaz negativa a rendirse, ha conservado la vida de un individuo largo tiempo, y con frecuencia sufrió el tal una crisis favorable.

Hemos conocido personas de quebrantada salud que vivieron “porque tenían algo que hacer en el mundo”.

Sabemos de una anciana señora que vivió hasta la edad de ochenta y cinco años, sencillamente porque pensaba que sus cuidados le eran necesarios a un hijo suyo, soltero, el último de una numerosa prole, que nunca había disfrutado de buena salud. La buena señora venció muchas enfermedades por la sola razón de que “Jacobo la necesitaba”. Finalmente murió Jacobo a los cincuenta años de edad y la pobre señora lo lloró largamente; decía: “Este dolor lo tenía yo previsto... ¡El pobre Jacobo era tan enfermizo!” Desde aquel día se debilitó en ella la Voluntad de vivir, no teniendo ya ningún interés en el mundo, hasta que poco tiempo después, la muerte la sorprendió en su sueño y “fue a reunirse con Jacobo”, una idea que había tomado posesión de su mente. Quizás el lector llame a esto Amor en vez de Voluntad; pero en nuestro sentir aquello era Voluntad puesta en Acción por el Amor.

Tenemos un conocimiento personal de otro caso, en el cual la Voluntad fue inducida a vigorosa acción por amor... y por celos. Una joven casada, que tenía su niño en una cuna junto a su cama y que se moría a consecuencia del parto, por una imprudencia de la nodriza tuvo que sufrir la visita de una buena señora de la vecindad, tan buena como chismosa. Se condeció por aquel quebranto de una salud tan apreciable, y la dijo que todos los amigos se interesaban grandemente por ella, y que el vecindario hablaba de los planes de la “viuda Perkins”, que, según malas lenguas, probablemente sería llamada para cuidar del niño, una vez huérfano. “Y entonces, ya comprende usted”, continuó la caritativa chismosa, “dicen que ella le estuvo haciendo cocos a su marido antes de casarse con usted. Ya sabe usted cómo son los hombres; es temible, después de todo, esa reunión de los dos, y que venga a ser madrastra de ese querido ángel.” La enferma se enderezó en la cama por un supremo esfuerzo, y con extraviados ojos y jadeante aliento, gritó: “¡No tendrá a mi marido, ni a mi hijo...; no los tendrá... no los tendrá!” y se desplomó exhausta y sin aliento. Se llamó al médico inmediatamente y su ojo clínico vio en el acto que algún notable

cambio había ocurrido. “Esto irá bien”, afirmó, “si se deja sola a la enferma” Y llevando cortésmente a la visita a la puerta, puso el niño en brazos de su madre, que lo estrechó frenéticamente contra su pecho. Resumiendo: la enferma curó y vivió lo bastante para acariciar a otros hijos y a muchos hijos de éstos. La viuda Perkins fue el medicamento heroico. Otra victoria para la Voluntad.

Fothergill dice:

“Donde haya un fuerte motivo para vivir, sea o no egoísta, una provechosa lucha será el resultado. Aarón Burr, siendo joven, se despojó de unas calenturas intermitentes como quien se despoja de una blusa, con objeto de reunirse con Arnaldo en su tentativa contra Québec, una peligrosa empresa, por cierto. La cuestión de la Voluntad con relación a los progresos de la enfermedad se observa constantemente en la práctica médica. Désele a una mujer de ardiente temperamento suficientes motivos par vivir, y sólo una dolencia mortal de necesidad podrá aniquilarla. Lo mismo puede decirse de los rudos campesinos del Norte de América. José, en “Joe and the Jolly Gist”, dice de su padre: “¡Padre ha muerto! Nada le quedaba por hacer. Se aburría lastimosamente por su inacción y teníamos que asegurarle que aún hacía falta; ¡pero de tener algún propósito que cumplir, no hubiese habido enfermedad capaz de matarlo!”.

El Dr. W. C. Prime, en su libro “Among the Northern Hills”, hace contar a uno de sus personajes, un viejo abogado, la historia de un caso de su larga práctica: Fue llamado con urgencia a la granja de una viuda ya entrada en años, que había dirigido aquella hacienda durante cuarenta años, después de la muerte de su marido, de quien fue segunda esposa. Tenía dos hijos y un hijastro, Juan, sujeto que no era de los más agradables. Después de una penosa cabalgata en una noche tempestuosa, encontró a la enferma postradísima, y el médico le advirtió que despachase pronto, si quería que la paciente dictase y firmase su última voluntad, pues aquello se iba rápidamente. Y continúa la historia como sigue: “Había traído conmigo lo necesario para escribir. Encontré una mesita y un candelero, y me instalé a la cabecera de la cama, y después de dirigir algunas palabras de conformación a la enferma, le dije que estaba dispuesto a redactar su última voluntad, si tenía la bondad de indicármela. Escribí rápidamente el preámbulo, y dirigiéndome a ella: “Cuando usted quiera, señora Norton”, le dije. Su voz era muy débil, y parecía hablar con gran fatiga. Empezó así: “Lo primero de todo es que quiero dejar la granja para mis hijos, Enrique y Jaime. Escriba usted eso”. “Pero”, repliqué yo, “usted no puede hacer eso, señora Norton. Usted no puede dar lo que no es suyo”. “¿Qué la granja no es *mía*?”, dijo con voz decididamente más fuerte que antes. “No, la granja no es de usted. La propiedad es puramente vitalicia.” “¿Esta granja que yo he cuidado durante cuarenta y tres años –los hacía por la primavera-, no es *mía* para disponer de ella *como me plazca*? ¿Por qué no, abogado? No comprendo lo que usted quiere decir.” “¿Cómo que por qué, señora Norton? Su esposo le legó a usted el usufructo de todos sus bienes; pero vitaliciamente; así que, al morir usted, la granja pasa a su hijo Juan, y las casas del pueblo a los hijos de su segundo matrimonio..., a los hijos de usted. Ya le he explicado esto varias veces.” “¿Y cuando yo muera, Juan Norton será el dueño de esta granja?” “Precisamente ha de ser así.” “¡Pues entonces, no me muero!”, exclamó la paciente con acento claro y decidido. Y diciendo esto, apoyó los pies contra el tablero de la cama, sentóse, se echó el cobertor sobre los hombros, bajó de la cama, cruzó la estancia y tomó asiento en el antiguo sillón, junto al

fuego. El médico y yo nos retiramos formando mil comentarios. Cincuenta años después, esta mujer extraordinaria vivía todavía. Y cumplió su propósito, porque Juan murió cuatro años antes que ella.”

Las mejores autoridades médicas convienen en afirmar que dos personas pueden estar expuestas al mismo contagio o infección, y uno contrae la dolencia y el otro escapa inmune. Exámenes *post-mortem* demuestran que los pulmones, en la mayoría de los casos, ofrecen huellas de tuberculosis, contraída en alguna época de la vida y de la persona, pero frecuentemente combatida y neutralizada por los resistentes poderes de la economía.

Existe cierto poder de resistencia en algunas personas, variable en grado que los capacita para combatir una dolencia. Qué cosa sea esta resistencia, no lo saben positivamente las autoridades. ¿No es quizá posible que en este poder resistente del organismo encontremos a nuestro antiguo amigo, la Voluntad, enmascarado bajo un nuevo ropaje? Seguramente parece razonable creerlo así, cuando consideramos casos como los relatados en este capítulo. ¿No será el poder existente de la Voluntad operando a través de líneas subconscientes, en respuesta a la actitud mental general y la Voluntad positiva del individuo? Seguramente es un “grado positivo” de *algo*. Por lo que sabemos de la Voluntad, ¿no será justificado suponer que ella, la Voluntad, es este *algo*?